¡BASTA DE MATEMÁTICAS!

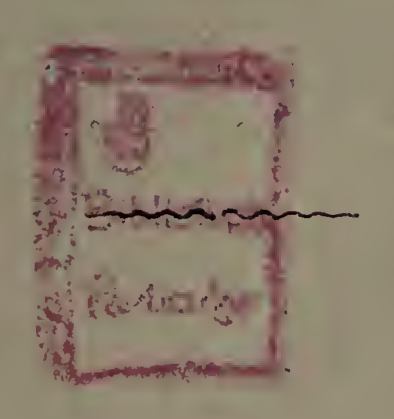
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON VITAL AZA.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de Variedades el dia 7 de Febrero de 1874.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA SERAPIA................	SRA. RODRIGUEZ. (D.ª C.).
ROSA.........................	STA. ESPEJO.
DON CIRIACO..................	SRES. LUJAN.
FEDERICO.....................	RUESGA.
BENITO.......................	LASTRA.

La accion en Madrid y en la época actual.

AL DISTINGUIDO AUTOR DRAMÁTICO

DON MIGUEL RAMOS CARRION.

Nada más justo que el nombre del que es para mí tan cariñoso amigo como inteligente censor en todos mis trabajos literarios, figure al frente de esta mi primera produccion.

Á V., querido Miguel, debo los aplausos con que el benévolo público la ha recibido; pues sin el desinteresado apoyo que hallé en V., y sin la confianza que me hizo alentar, no me hubiera decidido á lanzarme en la espinosa carrera de la literatura dramática.

Al expresar á V. en esta ocasion mi más profunda gratitud, me complazco en hacerla extensiva á todos los actores que en esta obra tomaron parte, quienes con tanto interés como talento la han desempeñado de una manera verdaderamente notable.

Acoja V., querido Ramos, esta sencilla dedicatoria, que aunque pobre y pequeña es la oferta, es muy grande y sincero el cariño que al dedicársela le ofrece su mejor y más constante amigo

Vital.

ACTO ÚNICO.

Sala modesta de una casa de huéspedes.—Puertas laterales y una al foro. Una cómoda, una mesa con recado de escribir, un libro, algunos papeles, etcétera.

ESCENA PRIMERA.

SERAPIA sola, llamando en la puerta primera de la izquierda [1], que será la habitacion de Federico.

SERAPIA. Don Federico! Don Federico! ¿Si estará todavía durmiendo, despues de cuatro horas que hace que le he servido el chocolate? Don Federico! Y no contesta... Veamos. (Abre la puerta.) No está aquí. Es extraño que haya madrugado tanto. ¡Son las tres de la tarde! Ya! Ya! Ya! Buen sujeto es el señor don Federico! Van ya cuatro meses que no me paga un cuarto, y si muy pronto no se porta como corresponde á una persona decente, haré, con pesar mio, uso de esta carta (La saca.) que el otro dia encontré tirada debajo de su mesita de noche. ¡Y qué reprensiones tan justas le hace el amiguito que

1 Del espectador.

se la dirige! ¡Qué juventud, señor! ¡Qué juventud! (Suena una campanilla.) Pero llaman. ¿Quién será? Voy á abrir. (Desde la puerta del foro.) Pase usted, caballero, pase usted. (¡Ya ha caido un nuevo huésped! ¡Gracias á Dios!)

ESCENA II.

DICHA y BENITO, que entra con un saco de viaje, un violin y un gaban de invierno que dejará sobre una silla.

BEN. Buenas tardes, señora. Aquí vengo por recomendacion de don Tiburcio...

SERAPIA. ¿Gonzalez?

BEN. Sí, señora, el mismo.

SERAPIA. Ah! lo celebro mucho. ¿Y dónde está?

BEN. En Búrgos. Yo soy de Búrgos, señora, y cuando supo que venía á Madrid á buscar una colocacion...

SERAPIA. ¿En el Gobierno?

BEN. No, señora. En alguna orquesta. Yo soy músico; cultivo el arte de Paganini.—Me dijo que viniera á esta casa, donde me tratarían como en la mia.

SERAPIA. Oh! sí señor. Aquí estará usted con toda comodidad y buen trato. Mire usted, esta será su habitacion. (La segunda derecha.)

BEN. Corriente! Me gusta, y si puede ser quisiera entrar para arreglarme un poco.

SERAPIA. Entre usted, entre usted, que ahí están todos los avíos necesarios. (Entra Benito en la habitacion, llevando consigo el saco de viaje y el violin.) Pues señor, éste tiene cara de ser un buen chico, y eso de ser amigo del señor de *Paganini* me tranquiliza. Pagará bien. (Váse foro derecha.)

ESCENA III.

FEDERICO, vestido con traje de verano y con algunos pares de calcetines en un papel.

¡Qué prestamistas, señor! Qué prestamistas! ¡No querer

admitir estos calcetines que están sin estrenar! (*Los tira sobre la cómoda.*) Y lo grande es que yo necesito dinero. Anoche me soplaron el relój y los siete duros que me restaban del empeño del gaban. ¿Y todo por qué? ¡Por aquella maldita sota! ¡Ay, si llega á salir el rey!... Comprendo el ódio á los monarcas. Pero ya, qué le hemos de hacer? Paciencia! Pensemos en adquirir fondos. De ropa no hay que hablar, porque sólo tengo este traje y... el que traigo puesto... Busquemos un medio. Si doña Serapia... pero no! La debo cuatro meses y me lo negaría. ¿Escribiré á mi padre pidiéndole dinero para libros?... No! no! Ya en este curso se lo he pedido siete veces para este objeto y podría sospechar... Sólo con lo que el infeliz ha pagado para obras de texto podía yo ser dueño de la Biblioteca Nacional. Pero mientras tenga libros el amigo Luisito... ¡Pobre chico! Pues ¿no me reprende con severidad, diciendo que no tengo juicio, que he quedado suspenso repetidas veces, que soy un perdido?... ¡Á que tiempos hemos llegado! Llamar perdido al hombre que busca dinero cuando lo necesita! ¡Y son tantas las necesidades en esta edad! Los bailes, los teatros, los amores... ¡Caramba! Y ahora que recuerdo! Rosa, mi amable Rosita, vendrá hoy á buscarme para que la acompañe á la venta del Espíritu-santo... Del demonio debiera llamarse!—Habrá que prevenir á doña Serapia para que al verla no sospeche que... La diré lo que hemos convenido, que es una prima mia.—Ya! ¿Pero cómo he de ir con ella sin un cuarto? ¡Ay qué situacion la mia! ¡Esto es horrible! ¡Comprendo el suicidio! Sí! El suicidio! ¿De qué sirve una vida tan llena de pesares y zozobras? ¿De qué sirve una existencia tan despreciable como dolorosa?... ¡Ea! ¿Para cuándo es el valor? Decidámonos! (*Toma el rewolver que estará en el cajon de la mesa.*) ¡Oh, arma vil y homicida! Tú! tú vas á sacarme de esta situacion afflictiva y desconsoladora! Tú vas á proporcionar á mi agitado espíritu la tranquilidad que necesita!... ¡Ea! ¡Par-

tamos al momento! Energía y resolucion!... (Contemplando el rewolver.) ¡Lo empeñaré en tres pesetas! (Váse precipitadamente por el foro y tropieza con Doña Serapia.)

ESCENA IV.

DICHO y DOÑA SERAPIA.

SERAPIA. Demonio! Ya podía usted salir con más moderacion.

FED. Señora! Déjeme usted! ¿No ve usted esto?

SERAPIA. ¡Jesús! ¡Un rewolver! ¿Y está cargado?

FED. Sí, como yo!—Y con los seis tiros para mayor seguridad! (Probemos.) (Federico al accionar apuntará repetidas veces con el rewolver á Doña Serapia, la que retrocederá con miedo.)

SERAPIA. Pero ¿qué significa eso?

FED. ¿Que qué significa? Nada! ¡Que muy pronto mi vida volará á otras regiones!

SERAPIA. Dios mio! Don Federico, conténgase usted. No haga usted una barbaridad. (Es capaz de matarse.)

FED. Sí, señora! El suicidio es mi única salvacion!—¿Usted no comprende el suicidio?

SERAPIA. ¿Yo? Jesús! ¡Qué desatino!

FED. Ah! Es verdad. Usted es... una patrona! Usted disfruta alegremente en este despreciable mundo... En cambio yo... bien pronto... ¡pif! Ya está resuelto!

SERAPIA. Pero, hombre, ¿está usted empeñado en...

FED. ¡*Empeñado*! Sí, señora, usté lo ha dicho. Estoy perdido! Hoy necesito dinero; tengo que hacer un imprescindible pago; no tengo un céntimo, señora, ¡ni un céntimo! y quiero buscar en la tumba el descanso á mi conciencia! (Veremos si se ablanda.)

SERAPIA. (Y lo hará como lo dice.) Don Federico, yo quisiera poder...

FED. (Ya cayó.) ¿Usted? ¡Oh! Pero eso sería abusar...

SERAPIA. Vaya! vaya! Guarde usted ese demonio de rewolver, y dígame por fin cuánto dinero necesita.

FED. ¡Cinco duros, señora! (Si pido más quizá me lo niegue.)

SERAPIA. ¡Cómo ha de ser! (Lo cobraré todo junto.) Tome usted, tome usted; haga ese pago que tanto le acongoja y...

FED. (Toma el dinero y la abraza.) Ah! Sublime doña Serapia! Usted es mi salvadera, digo, mi salvadora! Usted es mi ángel tutelar! usted es mi egida, mi protectora, mi...

SERAPIA. Basta, hombre, basta! No apriete usté tanto!

FED. ¿Lo ve usted? Ya he resuelto seguir viviendo; ya guardo el arma homicida. (La guarda en el cajon de la mesa.)

SERAPIA. (¡Gracias á Díos!) Conque ahora, estudie usted, mude usted de conducta.

FED. Señora!

SERAPIA. No se ofenda usted. Sólo el aprecio en que le tengo me obliga á darle estos consejos.

FED. Gracias.

SERAPIA. Es lástima que usted con tanto talento...

FED. Gracias!

SERAPIA. Con tanta disposicion...

FED. Muchas gracias!

SERAPIA. Sea un perdido!

FED. Muchas gracias!

SERAPIA. Afortunadamente, yo no soy tirana para usted. ¡Bien lo sabe Dios! Aunque usted me debe...

FED. ¡La vida!

SERAPIA. No; los cuatro meses de hospedaje...

FED. Señora, no hablemos de eso. Yo la pagaré con creces.

SERAPIA. Ya; pero entre tanto...

FED. Nada, nada. No toque usted esa cuestion.

SERAPIA. Es que debo tocarla, para hacerle ver... (Suena en un violin el final de «Lucía.»

FED. Chist! Calle usted! Esa música! (Cambiemos de conversacion.)

SERAPIA. No es nada. Es un nuevo huesped. Pero siguiendo lo de ántes...

FED. Oh! Qué bella música! ¡qué frase tan sublime! ¡qué dulzura! ¡qué expresion!

SERAPIA. Sí, señor, mucha expresion, pero...

FED. Déjeme usted oir! déjeme usted! Oh! magnífico! sublime! ¡Este es el final!...

SERAPIA. No señor, todavía no hemos concluido.

FED. Señora! El final de *Lucia*!

SERAPIA. Siempre será una cualquiera.

FED. Ah! No profane usted tan notable concepcion!—Sí! aqui es cuando él se mata clavando en su pecho la punzante espada.

SERAPIA. ¿Que se mata? ¿Pero quién?

FED. Él! su novio! (Tarareando.)

SERAPIA. Bien, bien; pero insistiendo en lo de ántes...

FED. Sí! Estas son sus últimas palabras!
(Cantando.) «*Tu, che á Dio splegasti l'ali*
òh, bell alma inamorata.»

SERAPIA. Pero hombre, siempre ha de cantar usted cuando no debe! (Cesa la música.)

FED. (Con gravedad cómica.) ¡Cuando no debo! Y entónces, ¿por qué me reclama usted?...

SERAPIA. Vamos! Usted se ha propuesto acabar con mi paciencia. Ea! Ea! hasta luégo.

FED. Hasta luégo, doña Serapia.—Ah! se me olvidaba. Hoy vendrá á verme una jóven...

SERAPIA. ¡Hola! Esas tenemos!

FED. No se alarme usted. Es una prima mia que viene con un encargo para mi familia. Si llama, dígala usted que pase.

SERAPIA. Corriente! Será usted servido. (Váse por el foro.)

ESCENA V.

FEDERICO y BENITO.

FED. (Sentándose á estudiar.) Pues señor, estudiemos. ¿Quién me ha metido á mí á resolver problemas matemáticos?

BENITO. (¡Calla! Un compañero de casa. ¿Y quién será? Parece que está muy ocupado.)

FED. Á más B, más C, elevadas á la cuarta potencia y multiplicadas por la hipotenusa...

BENITO. (¿Qué demonios está hablando? No entiendo una palabra.)

FED. Si ahora elevamos al cubo...

BENITO. (¿Llevar el cubo? ¿Si será un aguador?)

FED. Y si comparamos los antecedentes...

BENITO. (¡Canario! Habla de los antecedentes... ¿Si será un agente de policía?)

FED. Pero aquí me falta la razon...

BENITO. (¿Que le falta la razon? (Retrocediendo asustado.) ¿Si estará loco?)

FED. Y si extraemos las raices...

BENITO. (¡Vamos! ¡Es un dentista!)

FED. Tendremos que la incógnita...

BENITO. (¡Ya pareció aquello! Ya pareció la incógnita! ¿Quién será ella?)

FED. No! pues no sale!

BENITO. (Mirando á todos lados.) (¿Que no sale? ¿Y de dónde querrá que salga?)

FED. (Tirando el libro.) ¡Qué demonio! Que lo resuelva el que quiera;.ya tengo la cabeza trastornada. (Viendo á Benito que le hace profundas reverencias.) Caballero... (¿Quién será este tipo?)

BENITO. Servidor de usted. Acaso venga á molestarle...

FED. No tal, de ninguua manera.

BENITO. Lo celebro mucho.—Supongo que usted será otro huésped de esta casa, y con ese motivo, y como compañero me ofrezco de usted...

FED. Gracias. ¿Conque vive usted aquí tambien?

BENITO. Sí, señor; hoy mismo he llegado de Búrgos.

FED. Ya! Es usted un *burgués*!

BENITO. No, señor, soy músico.—Mi padre es profesor de guitarra, y viendo las grandes disposiciones que yo tenía para el violin...

FED. Es favor!

BENITO. Muchas gracias!—Me dijo: «Nada, Benito; vete á Madrid. Allí es donde el génio halla espacio para tender su vuelo. Allí harás carrera.» Dicho y hecho. Salí de Búr-

gos, me detuve dos dias en Ávila, y anoche tomé el tren para esta; y por cierto que en el carruaje encontré una caja de rapé, que tengo allí, en mi gaban.

FED. Caramba! Buen principio para hacer fortuna!

BENITO. Y para estornudar!—Aquí buscaré colocacion en alguna orquesta. Traigo cartas de recomendacion para Barbieri...

FED. Ah! sí! *Il Barbieri de Siviglia*! Es una gran ópera!

BENITO. No, hombre; para Barbieri el compositor.

FED. Adelante.

BENITO. Y ademas traigo otras para el célebre Monasterio...

FED. ¿Para el monasterio del Escorial? ¡Oh! es...

BENITO. No, hombre, no. Para don Jesús, el gran violinista.

FED. Pues, amigo mio, tendré mucho gusto en que le coloquen, y cuente usted con mi amistad.

BENITO. Gracias!—Y ¿qué tal? ¿Qué tal vida se hace usted por aquí? Usted debe...

FED. ¡Eh!

BENITO. Digo que usted debe conocer á Madrid perfectamente.

FED. Ya lo creo!

BENITO. Qué fortuna! Esto debe ser la gloria! ¡Qué mujeres habrá por esas calles de Dios! ¿Eh?

FED. Ah! respecto á eso, amigo Benito, no tiene usted más que pedir.

BENITO. Y por supuesto que usted tendrá cuando ménos alguna duquesa ó marquesa...

FED. Es claro! Yo no me trato más que con títulos... (de la deuda.)

BENITO. Ay, amigo mio! Yo estoy muy escarmentado en amores.

FED. Oiga!

BENITO. Sí señor. Yo tuve una novia en mi pueblo que me dió un disgusto feroz. Despues de seis meses de relaciones desapareció un dia de Búrgos ..

FED. ¡Qué lástima!

BENITO. Y lo más lastimoso del caso es que huyó con uno de mis mejores amigos!...

FED. De suerte que á usted le cuadra bien aquello de «¡qué

amigos tienes, Benito!»

BENITO. Es verdad!

FED. Pues, hombre, no se disguste usted por tan poco.

BENITO. Y yo no busco el interés, no señor. Porque soy el único heredero de un tio muy rico que tengo en Búrgos, y que está bastante enfermo, conque ya ve usted...

FED. (Abrazándole.) ¡Ay! ¡Qué suerte tiene usted, amigo mio! Conque hasta luégo. Por la noche iremos un rato al café. (Los forasteros pagan siempre!)

BENITO. Me parece bien. (Este me convidará. ¡Como soy forastero!...)

FED. Adios! Hasta luégo. (Váse á su habitacion.)

BENITO. Hasta la vista. (Váse á la suya.)

ESCENA VI.

D. CIRIACO, que entra con un lio en la mano; luégo DOÑA SERAPIA.

CIRIACO. ¡Caracoles! ¡Gracias á Dios que llegué! Esta es la casa. Buen trabajo me ha costado dar con ella. ¡Jesús! ¡Cuánta gente! ¡Cuánto coche! ¡Qué griterío! ¡Esto es capaz de volver loco á cualquiera!... Pero ¿no hay nadie en esta casa? (Llamando.) ¡Eh! ¡patrona! Habrá salido. Pues él vive aquí, me lo ha dicho el portero. ¡Qué sorpresa va á recibir cuando me vea! ¡Hijo de mi alma! ¡Sólo ocho dias estuvo con nosotros este verano! ¡Es claro, sus estudios le impiden salir de aquí! Pero por fin he conseguido lo que tanto deseaba, ¡abrazarle en Madrid! ¡Qué ajeno estará él! ¡Buen chasco le voy á dar! Cuando venga la patrona la diré que avise al chico y que le diga que ha llegado un tio suyo. Eso! un tio suyo, para que luégo la sorpresa sea mayor. Pues señor, vengo rendido. Hace una hora que llegué á la estacion, y no he cesado de andar de un lado para otro buscando esta casa. ¡Y qué gente tan amable es la de Madrid! Apenas bajé del tren, lo ménos cuarenta cocheros se empeñaban en traerme á casa, y más de veinte chicos se dispu-

taban el honor de llevarme este lio! ¡Jesús! ¡Creí que me aturdian! Pero yo no quise aceptar tanto obsequio. Porque dicen que por aquí hay una gente que fingiéndose amable, le meten á uno en un coche, le llevan á una casa de mal vivir, y ¡paf! cuando ménos se piensa le roban y hasta le asesinan!... Sí señor! ¡Se han dado casos!... Yo soy muy listo. Ni un momento saqué las manos de los bolsillos; metí el lio bajo el brazo, y dije: «Andando!» El que tiene lengua á Roma va;» y preguntando y preguntando, pude por fin dar con la calle de la Hortaliza, digo, de la Hortaleza, y con el número cincuenta y tres, piso tercero de la derecha. ¡Canario! Tengo la cabeza abombada. Acudamos al rapé. (Busca en todos los bolsillos.) ¡Demonio! ¡Me falta la caja de tabaco! ¿No lo dije yo? Ya me la robaron. Por algo dejé en Pancorbo el reloj! Si lo llego á traer me lo soplan tambien. (Sigue buscando.) Nada, me falta la tabaquera! ¡Y sin sacar las manos de los bolsillos! ¡Qué rateros tan listos se crian en este país!... ¡Calle! siento pasos. ¿Si será mi hijo? (Se presenta Doña Serapia.) (¡Hola! una señora. Esta debe ser la patrona.) Soy muy servidor de usté.

SERAPIA. (Otro huésped. Hoy estoy de buénas.) Caballero! Usted dirá en qué quiere que le sirva.

CIRIACO. Estimando. ¿Usted es la...

SERAPIA. Sí señor. La dueña de esta casa. Si quiere usted habitacion con vistas á la calle...

CIRIACO. Estimando. Lo que quiero saber es si vive aquí el chico.

SERAPIA. ¿Qué chico?

CIRIACO. ¿Quién ha de ser? ¡Él!

SERAPIA. Ya! ¿Pero quién es él?

CIRIACO. Toma! El muchacho! Federico!

SERAPIA. Acabáramos. Pues sí señor, aquí vive.

CIRIACO. ¿Lo ve usté? Ya decía yo que no me equivocaba

SERAPIA. ¿Quiere usté que le llame? Está en su habitacion.

CIRIACO. Estará estudiando!

SERAPIA. ¡De seguro! ¿Y quién digo que le busca?

CIRIACO. (Aquí del engaño.) Pues diga usted á mi hijo, que aquí le espera su tio.

SERAPIA. ¿Eh?

CIRIACO. No, no es eso. Diga usted á mi tio que aquí le espera su hijo... Tampoco es esto!... En fin, dígale usté que aquí estoy yo.

SERAPIA. Pero ¿es usted acaso?...

CIRIACO. Su tio! señora, ¿no lo está usté oyendo?

SERAPIA. (Gracias á Dios que se explicó!) Pues voy á llamarle. (Entra en la habitacion de Federico.)

CIRIACO. ¡Ay! el corazon parece que quiere saltárseme del pecho al considerar tanta alegría, tanto placer, tanto... ¡Y dicen que los padres no somos sensibles! ¡Qué poco conocen los que esto dicen las delicias de la paternidad!

SERAPIA. Ya le avisé, y dice que ahora viene. (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

D. CIRIACO y FEDERICO.

CIRIACO. Estimando, señora. Me voy á ocultar para que haga más efecto mi visita. (Se esconde detrás de la cómoda.)

FED. ¿Que ha llegado mi tio? No sé cuál podrá ser. Pero... ¿Dónde está ese tio?

CIRIACO. ¡Aquí! ¡Aquí!

FED. (¡Cielos! ¡Mi padre!)

CIRIACO (Yendo á él y abrazándole fuertemente.) ¡Hijo de mi alma! ¡Federico de mi vida! Aprieta, hombre, aprieta. Parece que te has quedado suspenso...

FED. ¡Eh!

CIRIACO. ¿Te ha cogido de sorpresa mi visita?

FED. (Creí que lo sabía!...) Es natural... yo no esperaba...

CIRIACO. Pues aquí me tienes; aquí tienes á tu padre, que te quiere tanto, que ha venido sólo por verte, por abrazarte... Déjame, hombre, déjame que te abrace á mi gusto... ¿Y no preguntas por tu madre?... Pues está

buena, muy buena. La pobre se quedaba muy triste, y si no fuera por no abandonar la tienda, hubiera venido conmigo. Ah! me ha mandado darte estos regalos.

FED. ¡Pobre madre!

CIRIACO. Míralos, míralos. Nicolasa es muy precavida. (*Abre el lio.*) Unos pañuelos bordados por ella misma, con tus iniciales; estas cajas de dulce para que las meriendes; ya ves, como en casa siempre comías entre horas, la pobre se ha acordado de eso. Ademas me recomendó darte esta manta de algodon en rama, para que te la pongas al pecho y evites las pulmonías.

FED. Ah! sí!...

CIRIACO. Sí, chico, sí: ten mucho cuidado con las enfermedades, sobre todo con las pulmonías, abrígate mucho... Pero hombre, observo que para el frio que hace andas muy á la ligera.

FED. Ah!... sí... á la ligera... Pues aquí acostumbramos á andar así por casa; es lo más elegante.

CIRIACO. Dispensa, chico, no conocía esas costumbres. ¡Es claro! como en Pancorbo andamos siempre tan abrigados... Pero al salir te pondrás la ropa de invierno, eh?

FED. Es natural! (Buena la vamos á hacer!)

CIRIACO. Te pondrás el gaban que hace poco te compraste, ¡y que costó treinta duros! ¿verdad?

FED. Sí, eso pagué al sastre.

CIRIACO. ¡Buen gaban debe ser! ¡Qué guapo estarás con él! Mas... ¿qué quieres que te diga? hasta se me figura que estás temblando de frio.

FED. Cá! no tal. Es la emocion. Este traje es el de mañana. Ando á la *negligée*.

CIRIACO. ¿Á la qué?...

FED. Á la *negligée*. Esto es lo *chic*! Más tarde nos hacemos la *toillette*.

CIRIACO. ¡Chico! ¡chico! ¡qué palabras tan finas has aprendido!

FED. Sí; la gente *conm'il faut*...

CIRIACO. ¿Otra palabrita? ¡Bravo, hombre, bravo!

FED. Digo que la gente *conm'il faut* se viste sólo por la tarde.

CIRIACO. Me parece una tontería; pero no replico. Tú lo sabrás mejor que yo. Ahora será temprano todavía, ¿verdad? ¿Qué hora tienes?

FED. (¡Esta es otra!)

CIRIACO. ¿Qué tal marcha el reloj que te compró tu madre?

FED. Lo que es marchar... (no ha marchado mal), pero... diré... á usté... no lo traigo conmigo.

CIRIACO. ¿Se ha descompuesto? ¿Le habrás dado algun golpe?

FED. Sí, eso fué. Le dí dos golpes: el primero, bien; pero al segundo, saltó la contraria, y... ¡zás!

CIRIACO. ¿Eh? ¿La contraria?

FED. (¿Qué estoy diciendo?) Digo, que al segundo golpe que le dí sin querer, saltó la rueda contraria que engrana con el volante, y...

CIRIACO. Ah! vamos; y se paró. Pues sin reloj estarás mal, porque no sabrás la hora que es para ir á las clases...

FED. No tema usted!

CIRIACO. ¡Qué orgullo sentiré yo mañana cuando diga al verte hecho un ingeniero... porque tú concluirás este año segun decias, eh?

FED. Sí, este año. Pero usted estará cansado, y...

CIRIACO. Déjame, déjame gozar un momento. Cuando vayas al pueblo con tu título en el bolsillo, diré yo loco de alegría: «¿Le veis? Ese es mi hijo, el hijo de un pobre tendero, que á costa de grandes sacrificios pudo darle una carrera lucida y provechosa, una carrera...»

FED. Vamos! no se afecte usté tanto!

CIRIACO. Cá! no lo creas!... Pero ¿qué es eso? estás triste? Yo no quiero que sufras, cuando yo estoy reventando de alegría. Vaya, vaya; ya me callo. Voy á descansar un rato. (¡Qué feliz es el padre que tiene un hijo como éste!) Tú puedes quedarte, tendrás que estudiar. Hasta luégo, hijo mio, hasta luégo. (Váse á la habitacion de Federico, llevando consigo el lio. Federico le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA VIII.

FEDERICO, ROSA y DOÑA SERAPIA.

FED. (Se sienta pensativo.) Pues señor, ¡en buen belen me he metido!

SERAPIA. (Se presentan en la puerta del foro Rosa y Doña Serapia.) ¿Conque pregunta usted por su primo?

ROSA. Sí, por mi primo Federico.

SERAPIA. Pues allí está. Ea! dejo á ustedes. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos DONA SERAPIA.

ROSA. (Adelantándose hácia Federico.) ¡Chico! te duermes?

FED. Ah! Rosa!

ROSA. Ya ves que soy de palabra.—Pero, ¿qué tienes? estás de mal humor? Vamos, hombre, no te pongas así, que estás muy feo.

FED. Rosa... yo quisiera... Por Dios, habla bajo! (Si mi padre la viera!)

ROSA. Jesús! hijo, ¡y qué cara tan fosca! Vaya! ¡ya sé lo que es. ¡No tienes dinero! Se te conoce á media legua.

FED. No, no es eso.

ROSA. ¿Qué no es eso? me alegro.—Chico! qué tarde vamos á pasar! cómo nos vamos á divertir!—Ah! acabo de encontrar á Manolo, y me dijo que irá con su novia, con Amparo.

FED. De veras?

ROSA. Como lo oyes! Y van tambien Pepito y la Nicanora. Ya verás, ya verás cómo nos reimos. Tendremos empanada y salchichon y champagne; chico, ¡champagne!—Pepito ha quedado en llevar cuatro botellas de las que tiene su padre.

FED. Magnífico! Va á ser fiesta completa!

ROSA. Y luégo bailaremos y saltaremos.—La Nicanora lleva las castañuelas para bailar el jaleo.

FED. Bravo! me gusta la idea! Jaleo! jaleo!

ROSA. Pero, oye... ¿y de aquí? (Indicando el dinero.)

FED. Somos felices! Tengo cinco duros que saqué á la patrona!

ROSA. Já! já! já! Cinco duros!

FED. Se los saqué rewolver en mano! Já! já!

ROSA. Já! já! con el rewolver! já! já! Pues corro á avisarlos! hasta luégo.

FED. Bravo! bien! me gusta! Á vivir! (Vánse los dos por el foro.)

ESCENA X.

D. CIRIACO.

Canario! ahora que recuerdo; tengo que hacer la visita que me encargó el boticario á todo un personaje de la situacion! á un escribiente de la seccion de Fomento!... Ya! pero así con este traje, tengo toda la facha de un paleto. Me pondré la ropa de Federico y me daré importancia.

ESCENA XI.

DICHO y DOÑA SERAPIA.

SERAPIA. (Aquí está el tio del señorito: debo decirle algo de lo que pasa.)

CIRIACO. Hola! señora. Buenas tardes.

SERAPIA. Desearía hablarle del sobrino.

CIRIACO. ¿Del sobrino?

SERAPIA. Sí, de don Federico.

CIRIACO. Ah! es verdad. (Ya no me acordaba de que era tio.)

SERAPIA. Le diré lo que hay para que usted se lo cuente á su padre.

CIRIACO. Ah! pues si usted me lo dice á mí, descuide usted, que su padre lo sabrá.

SERAPIA. Es preciso que haga usted saber de cualquier modo al padre de don Federico, que su hijo es un tronera.

CIRIACO. ¡Falso! eso no es cierto!

SERAPIA. ¿Que no es cierto? Pues desde que llegó á esta casa, hace cuatro meses, aún no ha pagado un cuarto.

CIRIACO. Repito que es falso! Él paga todos los meses.

SERAPIA. Perdone usted; hasta la fecha y á razon de nueve reales diarios...

CIRIACO. ¿Cómo nueve reales, si él paga doce cada dia? Ve usted, ve usted, cómo eso no es verdad?

SERAPIA. Pues bien; si aún duda usted, lea esta carta y en ella verá si es ó no cierto lo que digo. (Le da la carta.)

CIRIACO. Á ver, á ver. (Lee.) «Querido Federico: te remito el li»bro que me pides...» ¿Lo ve usted? le pide un libro para estudiar! Ya decía yo!

SERAPIA. Siga usted.

CIRIACO. «Y sospecho que habrás, por lo tanto, cambiado de »conducta.» (¡Eh!) «Por Dios, Federico; mira que hace »cuatro años que has comenzado la carrera de ingenie»ro, y no has conseguido siquiera aprobar el primer »curso.» (¡Dios mio!)

SERAPIA. ¿Lo ve usted?

CIRIACO. Señora! por Dios! no me diga usted más!

SERAPIA. Pero comprenda usted...

CIRIACO. Yo no comprendo nada. Déjeme usted!

SERAPIA. Corriente! le dejo. He cumplido con un deber. (¡Pobre señor!—Ahora me pagará.—¡Estas escenas me conmueven!) (Váse por la puerta primera de la derecha.)

CIRIACO. Pero señor! ¿cómo es posible que mi hijo me engañe? No! no puede ser!

ESCENA XII.

DICHO y FEDERICO, que entra saltando.

FED. Magnífico! Baile! Baile! (Diablo! mi padre!)

CIRIACO. Federico!

FED. (¿Si la habrá visto?)

CIRIACO. Acércate, hijo mio, acércate. Si una persona viniera á hablarme y me dijera: «Don Ciriaco, no sabe usted lo que pasa; su hijo de usted es un calavera...»

FED. (¡Eh!)

CIRIACO. ¡Qué dirías tú? Vamos á ver!

FED. Que ¿qué diría yo? Que eso era falso! Que eso era una calumnia! (¿Si sabrá algo?)

CIRIACO. (Creo que se ha turbado.)

FED. Pero ¿á qué viene eso?

CIRIACO. No, á nada. Ha sido una rareza, un capricho. (Observaré.)—Ea! ahora voy á dejarte un momento, porque tengo que hacer una visita que me encargó el boticario. —Pero oye, así, con este traje...

FED. Está usted muy bien.

CIRIACO. No tal. ¿Qué he de estar bien? Vaya! Yo tambien quiero ser elegante. ¡Pues no faltaba más!—Mira, déjame tu gaban.

FED. (¡Ay de mí! ¡Esta es otra!)

CIRIACO. Sí, con tu gaban estaré mejor. Anda, tráemelo.

FED. (¡Oh! ¡qué idea! Aquí está uno; el del vecino!) (Lo coge.) Bueno, póngaselo usted. (Me he salvado!)—Quizá le siente bien.

CIRIACO. Magnífico!

FED. (Saca del bolsillo una petaca.) (Hombre! una petaca llena de puros!—Algo se pesca.) (La guarda.)

CIRIACO. (Despues de haberse puesto el gaban.) Ajajá! Parezco un gobernador de provincia!

ESCENA XIII.

DICHOS y BENITO.

BENITO. (¡Canario! ¿qué veo? Aquel es mi gaban.) Eh! caballero!

FED. (Aquí del apuro.) No le haga usted caso.

CIRIACO. ¿Eh?

FED. ¡Es un loco!

CIRIACO. ¡Diantre!

BENITO. Oiga usted! Que ese gaban es el mio!

CIRIACO. ¿Qué dice?

FED. Le da por decir que todo lo que ve es suyo.

CIRIACO. Vaya una manía!

BENITO. Sí señor, es el mio!

FED. Verá usted como dice tambien que esta petaca... (*La enseña.*)

BENITO. ¡Caspitina! Esa es mi petaca!

FED. ¿Lo ve usted?

CIRIACO. Jé! jé! jé! Vaya una manía, hombre! Vaya una manía! —Ea! hasta despues!

BENITO. Eh! Caballero! ¿no oye usted que ese es mi gaban?

FED. No le escuche usted.

BENITO. ¿Cómo qué?... Es que yo le necesito. Que es mio, y muy mio!

CIRIACO. ¿Que es suyo? Una prueba. (*Á Federico.*) (¡Ahora le aplasté!)

BENITO. ¿Una prueba? Ya lo creo! Precisamente en el bolsillo interior hay una cajita que encontré esta mañana en el viaje...

CIRIACO. (*Sacando la caja.*) ¡Canastos! Mi caja de rapé! Esta es mi caja!

FED. (Zambomba! Otro lio!)

CIRIACO. Sí señor, es mia! Usted me la ha robado!

BENITO. ¿Que yo?... Hombre, si la encontré sobre el asiento del carruaje.

CIRIACO. Pero este gaban...

BENITO. La caja será de usted; pero el gaban me pertenece. Ya lo creo!

CIRIACO. (*Quitándose el gaban y dándoselo á Benito.*) ¡Dios mio! Dios mio! Todo lo comprendo!

FED. (¡Estalló la bomba!)

CIRIACO. (*Á Benito.*) Dispénseme usted, amigo mio... Pero tú, ¿qué dices tú á esto, Federico?

FED. Yo!...

CIRIACO. Cállate! No quiero escucharte! Eres un infame!

FED. Pero si no es cierto que...

CIRIACO. ¿Que no es cierto, eh? ¿Y esta carta? (*Dándosela.*) ¿Qué dices tú de esta carta?

FED. (¡La carta de Luis!)

CIRIACO. ¡Qué! ¿Te callas? ¿Te avergüenzas?

FED. Pero padre; mis estudios...

CIRIACO. ¡Basta de matemáticas! Ya que lo has querido, hoy mismo nos volvemos al pueblo; allí trabajarás como yo he trabajado; en vez de la levita del señorito, vestirás la blusa del tendero; sufrirás la sujecion del mostrador; despacharás bacalao, jabon... y otros comestibles, y se te llenarán las manos de sabañones!... (Llorando.)

FED. Mas yo le suplico...

CIRIACO. Nada de súplicas! Vámonos al cuarto! ¡Pobre Nicolasa! ¡Pobre esposa mia! (Vánse D. Ciriaco y Federico.)

ESCENA XIV.

BENITO y DOÑA SERAPIA.

BENITO. Pues señor, ¡vaya una escena que he tenido que presenciar!

SERAPIA. ¿Qué ha sido eso?

BENITO. Que el viejo se ha enfurecido, y á poco hay aquí la de San Quintin.

SERAPIA. Gracias á Dios! Ahora me pagará.

BENITO. Pero ¡qué jóvenes, señor! ¡Qué jóvenes! (Entra á dejar el gaban en su habitacion.)

ESCENA XV.

DOÑA SERAPIA y ROSA.

ROSA. Felices...

SERAPIA. No sabe usted lo que pasa! El tio lo ha descubierto todo!

ROSA. (¡Valiente tio!)

SERAPIA. Supo que don Federico era un calavera y ¡ya ve usted! (Váse por el foro.)

ESCENA XVI.

ROSA y BENITO y luégo DOÑA SERAPIA.

ROSA. Malo! Malo! (Viendo á Benito.) (Mas qué veo?) Benito!

Querido Benito!

BENITO. ¡Santa Tecla! ¡Rosita! (Se abrazan.)

ROSA. Supe que estabas aquí y he venido á verte en seguida.

BENITO. Luego ¿me quieres todavía?

ROSA. ¿Que si te quiero? ¿Y quién lo duda?

BENITO. Has sido una ingrata! Te marchaste de mi lado! Te marchaste de Búrgos!

ROSA. ¡Hijo! Una desgracia de familia!

BENITO. No ha sido mala desgracia!

ROSA. Y ahora ¿nos casaremos?

BENITO. Chica! Si no tengo un cuarto!

ROSA. ¿Eh? Pero tu tio, aquel ricachon...

BENITO. Está muy malo. Le dejé casi á la muerte, y estoy esperando de un momento á otro recibir carta en que me digan...

SERAPIA. Esta carta que acaba de traer el correo. (Se la da á Benito y váse por el foro.)

ROSA. ¡Lo que esperaba!

BENITO. La herencia!

ROSA. Á ver, á ver.

BENITO. (Leyendo.) «Querido hijo: tengo que darte una mala noticia...»

ROSA. ¿No lo decía yo? Sigue, sigue.

BENITO. (Lee.) «Anoche ha fallecido de repente... la yegua que »tú montabas, de resultas de un fuerte torozon.» Pobrecita!

ROSA. ¡Vaya una noticia!

BENITO. Continúo. (Lee.) «Tu tio sigue mejor y dice que...»

FED. (Que trae una sombrerera como único equipaje, en la que meterá los calcetines.) (Rosa aquí!) (Á Rosa.) Márchate! Hemos concluido!

ROSA. ¿Eh?

BENITO. (¿Qué dice?) (Á Federico.) Oiga usted, amigo, ¿conoce usted á esta chica?

FED. Por mi desgracia!

ROSA. Caballero!—Benito, no le hagas caso, yo te quiero á tí sólo.

BENITO. ¿Sí, eh?

ROSA. ¿Qué más dice tu buen tio?

BENITO. Pues dice que me vaya á su lado y que no necesito trabajar para ser rico.

ROSA. Corriente! Viviremos con él.

BENITO. No, tú vivirás donde te dé la gana, pero yo...

ROSA. Luego tú...

BENITO. Yo me voy solito. (Te veo!) (Volviéndose de espaldas á Rosa con cómica indiferencia.)

ROSA. ¡Y este es el pago á mi constancia! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres sensibles! ¡Qué desengaño tan horrible! (No, pues no se ablanda!) Vaya! Abur! Expresiones al tio... y á la yegua!

BENITO. Vaya usted enhorabuena! (Váse á su habitacion.)

FED. (¡Que yo haya sido tan cándido!)

SERAPIA. (Á Rosa, que se marcha.) ¿Deja usted á su primo?

ROSA. Señora, lo que me sobran á mí son primos! Abur! (Váse.)

SERAPIA. Hasta la vista.

ESCENA ÚLTIMA.

FEDERICO, DOÑA SERAPIA, D. CIRIACO y BENITO.

SERAPIA. (Viendo á D. Ciriaco que se presenta con el lio.)
¿Se van ustedes?

CIRIACO. (Muy compungido.) Sí! estando
más tiempo aquí ¡va al abismo!
(Indicando á Federico.)
y me lo llevo ahora mismo!

SERAPIA. Lo siento mucho!

CIRIACO. Estimando!
—Á la voz del bien fuí sordo;
con este lio (Indicando el suyo.) llegué,
y marcho porque me hallé
¡con otro lio más gordo!
—Cóbrese usted... (Dándole dinero.)

SERAPIA. (¡Vaya un arte

que yo tuve!...)

BENITO. (Con el saco de viaje, el gaban y el violin.)
En marcha estoy!

SERAPIA. ¿Tambien usted?

BENITO. Sí; me voy...
con la música á otra parte.

SERAPIA. (¡Me quedo sola!)

BENITO. ¡Estoy loco
de alegría!

FED. (Á Benito.) Oiga usté, amigo,
¿no tiene usted otro abrigo?

BENITO. (Sacando su petaca del bolsillo de Federico.)
No! ni cigarros tampoco!

FED. (¡Pues voy á estar divertido!)
(Al público.)
Señores, arrepentido
de tantas calaveradas,
para marchar sólo os pido
que nos deis unas palmadas.

FIN.

¡QUÍTESE USTED LA ROPA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL

DE JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

Estrenado con buen éxito en el teatro de Lope de Rueda de Sevilla en la noche del Sàbado 20 de Julio de 1872.

Al eminente actor cómico D. José Sanchez Albarran

El autor

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, Impresores de los Señores Duques de Montpensier.—Tetuan 24 moderno.

1872.

Dedicado á los aplaudidos autores dramáticos D. Luis Escudero Perosso y D. Luis Montoto, en prueba de verdadera amistad.

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRMEN.	D.ª ROSA LOPEZ.
ROQUE.	D. ANTONIO AGUILAR.
VALENTIN.	» RICARDO CANO.
RAFAEL.	» ALFREDO MIGUEL.

La accion es contemporánea.—Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

ACTO ÚNICO.

Gabinete pobre: puerta á la derecha y balcon á la izquierda, ámbos en primer término. Puerta de entrada al foro.—Una mesa, dos sillas, un tintero con plumas, papel, un trozo de bramante y un cuchillo grande con punta.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL en ropas menores y cubierto exteriormente con una bata deteriorada.—CÁRMEN y VALENTIN (dentro).

RAFAEL. ¡Qué envidiable posicion la mia! Yo tengo la culpa. ¡Abandonar la casa de mis padres para entregarme con más libertad á los vicios! Bien merecido me está. Mas yá me perdonarán; los padres perdonan siempre á los hijos por malos que sean, y cuando los mios hayan sabido por mi carta que vivo, que vivo para ellos, ván á ser felices. Pero es el caso, que miéntras llega su perdon voy á morirme de necesidad. Con el empeño de mi último pantalon se fué mi última peseta, no quedándome más que esta bata en que envuelvo mi persona. ¡Si la vecina quisiera prestarme algo! Probemos. *(Se dirige al balcon.)* ¡Vecina! ¡Vecina! Yá alza el visillo, yá abre el balcon. ¡Ah! soy feliz.

CÁRMEN. *(Dentro.)* ¿Qué quiere usted, vecino?

RAFAEL. Implorar de nuevo sus buenos sentimientos.

CÁRMEN. No puedo.

RAFAEL. ¡Por Dios, vecina!

CÁRMEN. Ni una palabra más. Mi marido viene subiendo las escaleras, y si nos oye hablar, pudiera darle otra interpretacion á este asunto. Adios.

RAFAEL. ¡Y se vá....! ¡Vecina! ¡Vecina! Cuéntele usted á su esposo mi estado de miseria.

CÁRMEN. Calle usted. No sea imprudente.

RAFAEL. Pero.....

CÁRMEN. Veré si puedo. Adios.

RAFAEL. *(Separándose del balcon.)* ¡Veré si puedo.....! Y mi pobre estómago entre tanto..... ¿Qué hacer, Dios mio? ¡Ah, qué idea! Sí, alguien ha de venir

á visitarlo, le contaré el estado de miseria en que estoy, y..... ¡es seguro! *(Se sienta y escribe.)* «Se arrienda este departamento.» *(Mirando el papel.)* ¡Soberbio! Letra grande para que la vean bien. Ahora, al balcon. *(Empieza á colocar la papeleta entre los hierros, sujetándola con el trozo de bramante.)*

VALENT. *(Dentro.)* ¡Caballero!

RAFAEL. *(Quitándose rápidamente del balcon.)* ¡El vecino!

VALENT. ¡Habrá hombre más insolente!

RAFAEL. ¡Y tiene razon! Asomarme al balcon en esta facha..... Pero..... Continuemos. *(Sigue sujetando el papel á los hierros, procurando agacharse para no ser visto por Valentin.)*

VALENT. ¿Otra vez? ¡Quítese usted al punto de ese balcon, que está ofendiendo la moral! *(Al acabar de colocar Rafael la papeleta se pone de pié para contestar.)*

RAFAEL. Caballero, me ha sido necesario colocar esa papeleta, y.....

VALENT. ¿Papeleta, eh? *(Con rapidez.)* ¡Tápese usted!

RAFAEL. *(Separándose con prontitud del balcon y cubriéndose bien con la bata.)* ¡Cáspita! ¿qué habrá visto ese hombre? La Providencia me abandona. Yo tengo la culpa. Justo es que sufra todos estos sonrojos en expiacion de mi falta.

ESCENA II.

RAFAEL: ROQUE por la puerta del foro.

ROQUE. Buenos dias.

RAFAEL. Muy buenos.

ROQUE. ¿Qué se arrienda?

RAFAEL. Dos piezas: ésta y otra interior.

ROQUE. Precisamente son las que vengo buscando. ¿Cuánto ganan?

RAFAEL. Veinte reales.

ROQUE. ¿Mensuales?

RAFAEL. Nó señor, diarios.

ROQUE. ¡Jesus, qué disparate! No acomodan. Páselo usted bien. *(Se dirige al foro.)*

RAFAEL. *(Ap.)* ¿Voy á dejarlo marchar? *(Alto.)* Caballero, una palabra.

ROQUE. *(Volviendo.)* Usted dirá.

RAFAEL. Yo no trato de arrendar nada.

ROQUE. Pues entónces ¿para qué ha fijado esa papeleta? ¿Trata usted de divertirse con el público?

RAFAEL. Nó señor; mi ánimo ha sido implorar la caridad.

ROQUE. ¿Implorar la caridad? No he visto otra. ¿Y para eso hace usted subir más de cuarenta escalones? ¡Hombre, dé usted gracias á que me refreno, que si nó....! ¡Pues me gusta la ocurrencia!

RAFAEL. Será cuanto usted quiera; mas no tengo un real, ni un mal pantalon que ponerme, y quiero salir á la calle. Por lo tanto, empiece usted por prestarme un duro.

ROQUE. *(Ap.)* ¡Cáscaras! Qué corto de genio es el niño.

RAFAEL. ¿Me lo presta usted?

ROQUE. No tengo por costumbre prestar dinero á hombres que, como usted, empeñan los pantalones para costear sus vicios. Sí señor; y voy ahora mismo á dar parte á la policía de su nuevo modo de pedir dinero, para que lo coloque donde merece.

RAFAEL. Caballero, he recurrido ántes al préstamo: ahora..... *(Cierra la puerta del foro.)*

ROQUE. *(Alarmado.)* ¿Qué intenta usted?

RAFAEL. Yá lo está usted viendo: cierro esta puerta.

ROQUE. Pero hombre de Dios ¿con qué objeto?

RAFAEL. Silencio. *(Tomando el cuchillo.)* ¡Quítese usted los pantalones!

ROQUE. ¡Zape!

RAFAEL. ¡Y el chaleco!

ROQUE. Pero....

RAFAEL. ¡Y la levita!

ROQUE. ¡Demonio! ¿Vá usted á dejarme encueros?

RAFAEL. Sí, al momento; ó de lo contrario..... *(Accion de acometerle.)*

ROQUE. *(Con terror.)* ¡Quieto, hombre, quieto! ¿Pero ha pensado usted bien lo que me pide? ¿Qué mérito ha encontrado usted en mis pantalones para....? Vamos, ¡esto es inmoral!

RAFAEL. Será cuanto usted quiera, pero es un capricho.

ROQUE. ¿Capricho?¡Vaya un capricho! Hombre: siquiera por la honestidad, el pudor, la decencia....

RAFAEL. Basta de sandeces.

ROQUE. Permítame usted que al ménos le haga algunas observaciones ántes de llevar á efecto el acto atroz que intenta consumar conmigo.

RAFAEL. Haga pronto lo que le digo, mire usted que estoy resuelto.

ROQUE. Sí, lo veo; yo estoy tambien.... resignado. Mas....

RAFAEL. *(Acometiéndole.)* ¡Quítese usted la ropa!

ROQUE. *(Retrocediendo.)* ¿Toda?

RAFAEL. El pantalon, el chaleco y la levita.

ROQUE. ¿Nada más?
RAFAEL. Nada más.
ROQUE. ¿Y la ropa interior?
RAFAEL. Esa para nada la necesito.
ROQUE. ¿De modo que á lo blanco, es decir, á los calzoncillos no habrá que tocar?
RAFAEL. Nó señor: á eso no se toca.
ROQUE. *(Con alegría.)* Vamos, yá comprendo: usted á lo que aspira es.....
RAFAEL. Á salir á la calle. Quiero aprovechar la ocasion.
ROQUE. ¿De mi venida? Muy bien hecho. Yá empiezo á desnudarme. *(Lo hace con prontitud. Rafael se quita la bata y se coloca las prendas que Roque le vá dando.)* Vaya, tome usted el pantalon. *(Ap.)* Yá te convertiré cada pernil en un grillete.
RAFAEL. Procuraré remunerar á usted en su dia.
ROQUE. Gracias. Yo no hago nada por interés. Tome usted la levita.
RAFAEL. *(Tomándola.)* ¡Me parece usted un buen sugeto!
ROQUE. Mucho. Vaya el chaleco.
RAFAEL. En cuanto llegue al correo y vea si en la lista hay carta á mi nombre, me tiene usted aquí.
ROQUE. Nó, no se dé prisa en volver, que yo pasaré el rato distraido en quitarme y ponerme las cintas de los calzoncillos blancos y.....
RAFAEL. *(Arrebatando á Roque el sombrero de la cabeza y colocándoselo en la suya.)* ¿Qué tal?
ROQUE. Perfectamente. Nadie dirá sino que ha pagado usted toda la ropa que lleva puesta, segun lo bien que le cae. Ahora no le hace falta más que la cédula de vecindad.
RAFAEL. Quiá; no la necesito.
ROQUE. *(Ap.)* Primer ladron que camina sin documentos.
RAFAEL. Hasta luégo. *(Váse por el foro.)*
ROQUE. Cuando usted quiera.

ESCENA III.

ROQUE.

No he visto ladron más descarado. Hice bien en entregarle los pantalones, y si me pide los calzoncillos blancos.... ¡fijo! se los doy tambien. Le cogí miedo. ¡Cáspita y qué frio hace! Me abrigaré con esta bata. *(Se la pone.)* ¡Desgraciado del que necesite buscar habitaciones como dén estos tunos en poner en práctica semejante industria. Yo no vuelvo á entrar en donde vea

una papeleta de arriendo, como no me acompañe una pareja de guardias civiles y otra de carabineros. Porque es muy triste preguntar «¿qué se arrienda?» y que le contesten á uno «nada; lo que quiero es que al momento se eche usted los calzones abajo.» Me asomaré al balcon á ver si pasa algun conocido. *(Lo hace.)*

ESCENA IV.

ROQUE: CÁRMEN dentro hasta que lo indique el diálogo.

CARMEN. ¡Vecino!

ROQUE. ¿Es conmigo?

CÁRMEN. Sí. Mi marido está durmiendo la siesta: voy en un salto á llevarle por última vez el socorro que me ha pedido.

ROQUE. *(Separándose del balcon.)* ¿Si será para aquí ese socorro? ¡Yá caigo! para aquí es. Entre el tuno que me ha dejado casi como nuestro padre Adan al ser despedido del Paraiso y esa casta señora, hay.... ¡cierto! hay algo. *(Recordando.)* «Mi marido duerme, voy á llevarle el socorro que me ha pedido.» ¡Claro! ¡Cuando los maridos duermen y las mujeres de estos maridos se dedican á practicar obras de caridad...! Pues como llegue á venir voy á vengar en ella la ofensa de su galan.....

CÁRMEN. ¿Se puede pasar? *(En la puerta del foro.)*

ROQUE. Adelante.

CÁRMEN. *(Sin separarse de la puerta.)* Tome usted este escudo y esta esquela. Le suplico que la lea.

ROQUE. Haga usted el favor de dejar ámbos objetos encima de esa mesa; tengo las manos ocupadas.

CÁRMEN. Con su permiso. *(Sale y coloca sobre la mesa la esquela y el escudo. En tanto Roque cierra la puerta.)* Adios. *(Despidiéndose.)*

ROQUE. Quieta. No puede usted marcharse.

CÁRMEN. ¡Ay Jesus! que he equivocado la habitacion.

ROQUE. Nó señora; no la ha equivocado usted.

CÁRMEN. Creí encontrarme con un jóven necesitado.....

ROQUE. Y se ha encontrado usted con un gallo que tambien necesita.

CÁRMEN. Acabemos. Abra usted la puerta, que no debo.....

ROQUE. Cierto. No deben hacerse ciertas cosas, y sin embargo.....

CÁRMEN. ¡Caballero! Si he salido de mi casa para venir á ésta ha sido con el objeto de socorrer á un jóven honrado.

ROQUE ¿Honrado, eh? ¡Cáspita! Con su honradez me

ha dejado poco ménos que como vine al mundo.

CÁRMEN. ¿Á usted?

ROQUE. Sí señora, vea usted. *(Abriéndose la bata.)*

CÁRMEN. ¡Jesus! ¿Le ha quitado á usted toda la ropa?

ROQUE. Toda nó; se sirvió dejarme los calzoncillos blancos y la camisa, y no se llevó tambien estas dos prendas porque no le dió la gana.

CÁRMEN. Considere usted, caballero, qué no habrá sufrido ese jóven ántes de dar semejante paso.

ROQUE. ¿Es decir, que lo defiende usted? *(Ap.)* ¡Pues no me están dando ganas de hacer una barbaridad con esta mujer! *(Alto.)* Oiga usted, señora; ese jóven á quien trata de disculpar de la infame accion que acaba de consumar conmigo, es el ladron más astuto que yo he conocido hasta el dia; porque todo ladron pide dinero, nada más que dinero, y éste nó; éste empieza por pedir la ropa que trae uno puesta, y colocándosela, se marcha llevándose los bolsillos.

CÁRMEN. Caballero, estoy asombrada al oirle contar ese suceso, y no acabo de comprender.....

ROQUE. ¿Cómo me han dejado en calzoncillos? Muy fácilmente. Ahora vá usted á verlo. *(Toma el cuchillo.)* ¡Quítese usted la ropa! *(Postura ridícula.)*

CÁRMEN. *(Sorprendida.)* ¿Yo?

ROQUE. Sí señora, usted. Donde las dán las toman. Yo tambien me sorprendí cuando me mandaron quitar la mia, y sin embargo me desnudaron. Conque pronto: ¡quítese usted el vestido!

CÁRMEN. Lo que me pide es imposible.

ROQUE. Nó tal. Nada más fácil.

CÁRMEN. Pero la honestidad.....

ROQUE. Eso, eso alegué yo precisamente, y sin embargo me desnudaron.

CÁRMEN. ¡Qué vergüenza!

ROQUE. Tambien saqué yo á colacion á esa señora, y al pudor, y de nada me sirvió, como tampoco le servirá á usted nada de lo que alegue. Estoy decidido: á grandes males grandes remedios. Tengo precision de salir cuanto ántes de esta casa, aunque sea vestido de chinesco. Conque.....

CÁRMEN. ¡Qué vergüenza! ¿Ha reflexionado usted bien lo que me pide? Vá usted á cometer un robo y.....

ROQUE. Bien; si me coje la policía que me ahorque. ¡Yo estoy seguro de que por robar no ahorcan á nadie!

CÁRMEN. Pero si le entrego á usted la ropa ¿cómo vuelvo á mi casa?

ROQUE. Desnudando al primero que entre por esa puer-

ta. Descuide usted, que no tardará en presentarse otro prójimo. ¡Es mucho el cebo que está en ese balcon!

CÁRMEN. Bueno, estoy pronta á hacerlo, pero con dos condiciones: una, que me permita usted entrar en esa habitacion; yo le daré el vestido á la puerta.

ROQUE. Nada más justo. ¿Y la otra?

CARMEN. Que tan pronto como llegue usted á su casa y cambie de trage me devuelva el mio.

ROQUE. No tardaré diez minutos.

CARMEN. Voy á desnudarme. *(Entra por la derecha.)*

ROQUE. Procure usted que sea pronto.

ESCENA V.

ROQUE: CÁRMEN oculta detrás de la puerta: VALENTIN (dentro).

ROQUE. Está visto; en la sociedad que habitamos se salva el que sabe nadar, el que nó se ahoga. Yá salí de mi apuro. Pasaré mis tramojos ántes de llegar á mi casa, vestido en trage de mujer, pero siempre se notará ménos que si lo hiciera en calzoncillos. *(Asomándose al balcon.)* Afortunadamente las calles que tengo que atravesar no son muy concurridas. Por esta no pasa un alma.

VALENT. *(Dentro.)* ¿Otra vez? ¡Retírese al punto!

ROQUE. ¿Es conmigo?

VALENT. Si señor.

ROQUE. *(Ap.)* ¿Quién será este cernícalo? *(Alto.)* ¿Qué se le ofrece?

VALENT. ¿No le he dicho una y mil veces que no permito que se asome al balcon en esa facha?

ROQUE. Á mí no me ha dicho usted una palabra, ni yo le he visto en mi vida.

VALENT. ¿Vá usted á mofarse de mí?

ROQUE. *(Incómodo y separándose del balcon.)* ¡Vaya usted enhoramala!

CARMEN. *(Desde la puerta.)* ¡Por Dios, que es mi marido!

ROQUE. Y que sea. ¡Pues bonito estoy yo para aguantar majaderías!

VALENT. Asómese usted, so.....

ROQUE. *(Asomándose al balcon con prontitud.)* ¿So qué?

VALENT. ¡So insolente!

ROQUE. ¡Como no se calle pronto le voy á romper la arteria bronquial!

VALENT. Salga usted á la calle.

ROQUE. No puedo. *(Quitándose del balcon.)*

CARMEN. *(Saliendo.)* ¡Me ha comprometido usted! Vá á venir mi esposo y.....

ROQUE. Mejor, con eso desahogaré mi justa cólera.
CARMEN. ¿Qué vá á pasar aquí? Mi marido.....
ROQUE. Mire usted, señora; su esposo es un hombre á quien sin haberlo visto en mi vida tengo vehementes deseos de darle un buen palizon.
VALENT. *(Á la puerta del foro.)* ¡Abra usted!
CARMEN. ¡Yá está ahí! *(Se oculta en la habitacion interior.)*
ROQUE. Armémonos con este cuchillo.

ESCENA VI.

ROQUE: VALENTIN en trage de militar retirado.

VALENT. Aquí me tiene usted.
ROQUE. *(Ap.)* ¡Vaya un tipo!
VALENT. Vengo á romperle la cabeza.
ROQUE. Dudo que pueda usted conseguirlo, porque la tengo bastante dura.
VALENT. Lo verémos. Yo evitaré el que se asome de nuevo al balcon representando un pasaje mitológico.
ROQUE. Conque es decir, que suponiendo que esta fuera mi casa, ¿no podria asomarme á los agujeros que comunican con la calle?
VALENT. Sí señor; mas con la decencia que impone la buena sociedad, y no representando al dios Miseria, sin pantalones y envuelto en ese trapo. Y basta de palabras. Salga usted al momento conmigo á la calle.
ROQUE. Precisamente hace algunos minutos que no pienso en otra cosa; pero ántes le suplico me escuche con una poca de calma.
VALENT. Le escucharé.
ROQUE. Acaba usted de decir que ha visto várias veces asomado á ese balcon á un hombre representando al dios Miseria; pues míreme usted bien, á ver si reconoce en mí á ese dios que tantas veces ha visto.
VALENT. Lo reconozco.
ROQUE. Permítame usted le diga que está equivocado. El dios que usted ha visto ántes de ahora desde su balcon, no es este dios, que es otro dios más jóven que el dios que yo represento.
VALENT. Efectivamente que no es la misma cara ni la misma voz. Hombre, acabe usted de contar.....
ROQUE. Esta mañana recibí una carta de un amigo que se halla establecido en un pueblo inmediato, anunciándome que su señor hijo se presentaria á visitarme, pues así se lo ordenaba en otra á él dirigida. En ella me encarga le tenga á mi

lado, le compre la ropa que necesite, lo alimente y haga con él las veces de padre hasta que sus asuntos le permitan venir á recogerlo.

VALENT. ¿Acabará usted hoy?

ROQUE. Sí señor. Pues como decia, no queriendo yo admitir á ese joven en mi casa, salí á buscar un partido donde alojarlo; ví esa papeleta, y sin encomendarme á Dios ni al Diablo llegué hasta aquí y me encontré á un jóven con la más mala facha que usted se puede imaginar. Estaba sin pantalones, en camisa, y.....

VALENT. Bien, como está usted ahora.

ROQUE. Eso es, como estoy yo ahora. Le pregunté qué se arrendaba, ¿y sabe usted lo que contestó? Que no se arrendaba nada. Que lo único que queria era que me quitase los pantalones, la levita y el chaleco y se los entregára.

VALENT. ¡Jesus! ¿Y se los entregó usted?

ROQUE. Sí señor.

VALENT. ¡Qué barbaridad!

ROQUE. ¿Y qué queria usted que hiciera?

VALENT. ¡Sobre que á mí no me pasa eso!

ROQUE. ¡Sobre que sí le pasaria!

VALENT. ¡Quiá!

ROQUE. ¡Sobre que si entra usted aquí ántes que yó se queda en calzoncillos blancos!

VALENT. ¿Quién, yó? ¡Pues no es usted muy tonto!

ROQUE. Hombre, ganas me están dando.....

VALENT. ¿De qué?

ROQUE. De.... *(Saca el cuchillo que habrá tenido oculto hasta este momento y hace ademan de acometer á Valentin.)* Á ver, ¡quítese usted la ropa!

VALENT. *(Retrocediendo aterrado.)* ¡Demonio!

ROQUE. ¿Ve usted como el dejar á un hombre en ropas menores es la cosa más fácil del mundo?

VALENT. *(Avergonzado.)* Es que se encuentra usted armado..... me coje indefenso.....

ROQUE. Indefenso estaba yo tambien; si no, ¿me hubiera dejado desnudar? Vaya, tranquilícese. No es en usted en quien trato de vengar la ofensa que me ha hecho ese jóven; á él sí que en cuanto lo vea lo mato.

VALENT. Y yó.

ROQUE. Yá me hará usted el favor de no tocarle. Yo he de ser el primero que lo estruje.

VALENT. ¡Es que ha tratado de seducir á mi esposa!

ROQUE. Le digo á usted que el primer bofeton me toca á mí dárselo. Luego entrará usted.

VALENT. *(Incómodo.)* Es que conmigo ha querido.....
ROQUE. *(Ironía cómica.)* ¡Pero se ha quedado en querido!
VALENT. Yá lo creo.
ROQUE. ¿Lo ve usted?
VALENT. Corriente; lo buscarémos, y después que desahogue usted su justa cólera entraré yó.
ROQUE. Venga esa mano. *(Dánsela.)* Diga usted, miéntras yo puedo llegar á mi casa para ponerme otro vestido ¿no tendria usted unos pantalones y una mala levita que prestarme?
VALENT. Sí señor, y un sable. Vuelvo al momento. *(Váse por el foro.)*
ROQUE. Aquí lo espero.

ESCENA VII.

ROQUE: CÁRMEN.

ROQUE. Salga usted, señora; yá no tiene necesidad de desnudarse. Su esposo vá á prestarme unos pantalones y una levita.
CARMEN. *(Sale por la derecha.)* Todo lo he oido; mas esas prendas no vendrán. Mi esposo fuera de la cómoda no tiene otra ropa que la puesta.
ROQUE. Bien; pero la sacará de la cómoda.
CARMEN. ¡Imposible! Si tengo yo las llaves.
ROQUE. ¡Pues la hemos hecho buena!
CARMEN. Mi marido es un tigre: me buscará por toda la casa, y no encontrándome, vendrá á matarnos.
ROQUE. ¡Demonio! ¿Pero tan atroz es ese hombre?
CARMEN. Cuando le acometen los celos se ciega. Una causa tiene pendiente todavía por el último hombre á quien mató.
ROQUE. ¡Zambomba! Que yo no permanezco aquí ni un minuto. Ea, ¡quítese usted la ropa! Pero pronto, al momento; quiero estar en la calle ántes de que vuelva aquí esa fiera.
VALENT. *(Dentro.)* ¡Me las han de pagar!
CARMEN. ¡Oh! *(Entra precipitadamente por la derecha.)*
ROQUE. ¡Se desplomó el mundo!

ESCENA VIII.

ROQUE: VALENTIN con dos sables.

VALENT. ¡Aquí estoy de nuevo!
ROQUE. *(Ap.)* Disimulemos. *(Alto.)* ¿Me trae usted el sablecito?
VALENT. Le traigo á usted la sentencia de muerte en uno de ellos, porque es usted un falsario, un encu-

bridor, pues no puedo suponer que la pérfida de mi esposa haya tenido la extravante ocurrencia de enamorarse de un ente tan feo y ridículo.

ROQUE. *(Ap.)* ¿De véras? ¡Pues me vá cargando yá poco este hombre! *(Alto.)* Oiga usted, don Lucifer....

VALENT. ¡Insolente Coja al momento ese sable y defiéndase,-ó le mato como á un perro.

ROQUE. Venga. *(Tomándolo.)* Con él lo voy á usted á mechar cua si fuera una chuleta.

VALENT. En guardia. *(Lo hace.)*

ROQUE. *(Imitándolo.)* Ó en centinela. *(Riñen.)*

ESCENA IX.

ROQUE y VALENTIN peleando: CÁRMEN que sale y se interpone entre ello.—Esta corta escena ha de ser muy rápida.

CARMEN. Deteiéos.

VALENT. *(Sin dejar de reñir.)* ¡Ah pérfida!

CARMEN. *(Griando.)* ¡Que se matan! ¡Socorro!

VALENT. ¡Cala, infame!

ROQUE. No ,alle usted, que su marido es muy bruto.

CARMEN. *(Yado al balcon.)* ¡Socorro!...

VALENT. *(Djando la pelea y acudiendo á imponer silencio á lármen.)* Calla, mujer infernal, no publiques n deshonra.

ROQUE. Pés, ¿para qué os quiero? *(Se dirige corriendo hicia la puerta del foro: al llegar á ella tropieza on Rafael que entra, y cae al suelo.)*

ESCENA X.

ROQUE, VALENTIN, CARMEN y RAFAEL.

RAFAEL *(Ayudándole á levantar.)* ¿Se ha lastimado usted?

ROQUE *(Reconociéndolo.)* ¡Ah! ¿Eres tú? *(Empuña nuevamente el sable y le acomete.)* Ahora las pagarás, infame. *(Rafael huye de Roque, y en la huida coge el tintero que está sobre la mesa y se lo arroja.)* Sujéteme usted *(á Valentin)* á ese tuno, que es el que me ha dejado en calzoncillos.

VALENT. ¡Hola! ¿es éste? *(Le acomete, como igualmente Roque. Al pasar corriendo por junto á la mesa coge Rafael la carta de Cármen y la arroja á la cara á Valentin. Este al verla caer al suelo la coje.)* ¡Oh! ¡Una carta! ¿Si será de mi esposa? *(La abre.)*

ROQUE. *(Sujetando á Enrique.)* ¡Ah tunante! Yá caistes.

VALENT. ¡Es su letra! *(Lee con interés.)*

RAFAEL. Perdóneme usted y soy feliz. Mi padre acaba de perdonarme.

ROQUE. ¿Tu padre has dicho? ¡Mientes! El hombre que roba á otro los pantalones no puede tener padres conocidos.

RAFAEL. ¡Oh, sí: vea usted su carta.

ROQUE. Dámela. *(La toma y lee.)*

VALENT. *(Dirigiéndose á la mesa.)* Cierto: aquí está el escudo. *(Enterneciéndose.)* ¡Cármen, abrázame y perdóname; he sido un mentecato en haber dudado de tí! *(La abraza.)*

ROQUE. *(Dejando de leer.)* ¡Cielos, D. Jacinto Lopez!

RAFAEL. Ese es mi padre.

ROQUE. Pues entónces, niño, no te quites la ropa. Yo soy el encargado por tu buen padre en recojerte, dándote al mismo tiempo cuanto te haga falta, y creo que hasta ahora no te puedes quejar, porque te he dado hasta los pantalones.

RAFAEL. Gracias, caballero.

ROQUE. Pero hazme el favor de vaciar sobre esa mesa los bolsillos. Tu padre no me ha dicho que te los llene de dinero. Desde hoy te mandaré de mi casa la comida, y en cuanto á la habitacion puedes seguir viviendo ésta; yo la pagaré.

RAFAEL. Lo que usted mande.

ROQUE. *(Á Valentin.)* ¡Hola! ¿Se hicieron las paces?

VALENT. En esta carta tengo la prueba de la inocencia de mi honrada esposa. Si vino á esta casa fué sólo guiada por la caridad.

ROQUE. ¿Quién podia suponer otra cosa? Pero yá que me han hecho ustedes pasar este mal rato, les impongo la penitencia de que vayan á mi casa y me traigan otra ropa que ponerme.

RAFAEL. Ahora mismo.

VALENT. Dénos usted las señas de su vivienda.

ROQUE. Voy. Pero ántes despidámonos del público.

—

Si aplaudís este juguete *(á los espectadores)*
saldréis de aquí viento en popa;
si nó..... me agarro al *machete*
y os mando quitar la ropa.

(Cae el telon.)